

AUTOR ANÓNIMO DE TLATELOLCO

*Relato
de la Conquista*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Relato de la Conquista

COLECCIÓN
PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Hernán Lara Zavala

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Elsa Botello López
Dulce María Granja Castro
Ana Cecilia Lazcano Ramírez
Juan Carlos Rodríguez Aguilar
Ernesto de la Torre Villar
Colin White Muller

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

AUTOR ANÓNIMO DE TLATELOLCO

*Relato
de la Conquista*

Redactado en 1528

Versión directa del náhuatl de
Ángel María Garibay

Presentación de
EDUARDO MATOS MOCTEZUMA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2006

Primera edición en la colección Pequeños Grandes Ensayos: 2006

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Y FOMENTO EDITORIAL

 **CREATIVE COMMONS**

ISBN de la colección: 970-32-0479-1
ISBN de la obra: 970-32-1659-5

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

¡Cuán difícil resulta para el vencido en guerra poder dar su versión de lo ocurrido...! Y es que el vencedor, que todo lo avasalla, no abre el menor resquicio por medio del cual el denostado pueda, siquiera por un momento, erguir la cabeza para contar la tragedia que sufre en carne propia. A la humillación de la derrota se une la imposición de todo tipo que lo deja en un plano de inferioridad que difícilmente puede sortear para tratar de encauzar su vida por otros derroteros, pues la libertad se ausenta de manera irremediable. ¡Ay de los vencidos...! Dijo Breno, jefe galo, que para levantar el sitio de Roma pidió cierta cantidad de oro la cual le fue entregada, pero pronto se dieron cuenta los cónsules romanos encargados de entregar el rescate por su ciudad que las balanzas en que se pesaba el oro estaban manipuladas, por lo que elevaron su protesta ante Breno. Éste dejó caer su pesada espada sobre las balanzas y espetó la terrible frase que ha pasado a ser proverbio pleno de realidad: *Vae victis*.

Cuando los españoles llegaron en 1519 a las puertas de Tlatelolco y Tenochtitlan, capital

esta última del imperio mexica que orgullosa se levantaba en medio del lago de Texcoco, contaba Cortés con dos armas formidables: por un lado, el apoyo de miles y miles de indígenas que, cansados del yugo que les imponían los aztecas o mexicas, trataban a toda costa de liberarse de ellos. Baste mencionar que a la llegada de los españoles alrededor de 370 pueblos eran tributarios del señor de Tenochtitlan. De esta manera, el capitán peninsular tenía a su servicio el apoyo de estos contingentes que lejos estaban de pensar que, una vez lograda la conquista, padecerían la misma suerte de los vencidos mexicas. Por otro lado, tenían armas que superaban con mucho a las de los mexicas y estrategias diferentes en el combate. En tanto que el indígena contaba con armas como el *macahuitl* (palo de madera con filosas piezas de obsidiana incrustadas), lanzas, dardos y flechas, rodela y vestidos de algodón para proteger el cuerpo, el español tenía ballestas, arcabuces, yelmos y caballos, además de los bergantines que pronto se enseñorearon de las aguas del lago por encima de las canoas que poca resistencia presentaban al enemigo. Mientras que el mexica trataba de capturar prision-

neros para sacrificarlos a sus dioses, el español entraba a matar directamente. También contó, y en mucho, la estrategia de cortar el agua potable que surtía la ciudad desde Chapultepec. El mismo Cortés nos dice:

Otro día de mañana los dos capitanes acordaron, como yo les había mandado, de ir a quitar el agua dulce que por caños entraba a la ciudad de Temixtitan; y el uno de ellos, con veinte de a caballo y ciertos escopeteros y ballesteros, fue al nacimiento de la fuente, que estaba un cuarto de legua de allí, y cortó y quebró los caños, que eran de madera y de cal y canto, y peleó reciamente con los de la ciudad, que se le defendían por la mar y por la tierra; y al fin los desbarató, y dio conclusión a lo que iba, que era quitarles el agua dulce que entraba a la ciudad, que fue muy grande ardid.¹

Pese a esto, el asedio a las ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco duró cerca de tres meses.

Sendos relatos de los combates y la ferocidad con que se peleó por ambos bandos han

¹ Véase Hernán Cortés, "Tercera carta de relación", en *Cartas de relación de la Conquista de América*, t. I, México, Nueva España, s/f.

llegado a nosotros gracias a las *Cartas de relación* de Hernán Cortés enviadas al rey de España y de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, escrita por Bernal Díaz del Castillo. En ellas se relatan de manera prolija los pormenores de la empresa conquistadora. No fue tarea fácil alcanzar la victoria para las armas peninsulares y sus aliados indígenas. Sin embargo, agobiados por la sed y el hambre y ante el constante ataque de sus enemigos, los mexicas tuvieron que ceder finalmente. Las palabras de Cuauhtémoc, dichas a Cortés cuando es llevado prisionero ante su presencia aquel 13 de agosto de 1521, son asaz elocuentes en varios aspectos:

Señor Malinche, ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cintura y márame luego con él.²

Por un lado, las palabras que se le traducen a Cortés siguen un camino un tanto complicado

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Nuevo Mundo, 1943.

que evita el verdadero significado que encierran. La triangulación de lenguas se daba de esta manera: la Malinche, que hablaba varias lenguas indígenas, entre ellas el náhuatl y el maya, le dice las palabras de Cuauhtémoc, proferidas en náhuatl, a Jerónimo de Aguilar, aquel que había pasado siete años entre los mayas de Yucatán y había aprendido su idioma. Jerónimo, a su vez, las traduce del maya al español. Bien sabemos que al guerrero mexica vencido se le deparaba morir en sacrificio para que pudiera acompañar al sol desde el oriente hasta el mediodía.

Vencido, el joven *tlatoani* pide la muerte digna del guerrero: ser sacrificado al sol. Pero Cortés no entiende esto y lo perdona...

Por otra parte, la terrible matanza no deja de sorprender a los mismos conquistadores. Una vez más, es Bernal Díaz quien a ello se refiere:

Digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz. Digo que juro, amén, que todas las casas y barbacanas de la laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de

qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos...³

Logrado el triunfo militar, se dará paso a la lucha ideológica. Corresponderá a la Iglesia llevarla a cabo, para lo cual acude a no pocas estrategias. Por un lado, la evangelización, que conlleva tratar de cambiar la manera de pensar de un pueblo, será aplicada sistemáticamente. El ingenio del fraile se deja sentir de manera constante: al percibir que el indígena no estaba acostumbrado a penetrar al interior de sus templos sino que participa de las ceremonias en las grandes plazas abiertas, crea enormes atrios frente a conventos e iglesias para que desde ellos el conquistado se incorpore poco a poco. Se establecen las capillas abiertas con este fin. Al darse cuenta el fraile de que las ceremonias indígenas van acompañadas de danzas, cantos y “areitos”, promueve las danzas que ya en la península ibérica servían para celebrar la conquista de los moros y el triunfo del cristianis-

mo. Proliferan así las danzas de “moros y cristianos” o las “danzas de la Conquista”, al término de las cuales se bautizaba a cientos y miles de indígenas. Por otra parte, se crean pequeños códices pintados con el Padre Nuestro, el Credo y otras oraciones y pasajes sacros para que sean aprendidos por los indígenas de la manera en que se expresaban antes de la Conquista.

Pero ante la imposibilidad de expresarse abiertamente, el pueblo sometido busca –y encuentra– formas diversas de resistencia. Recurre a su propio ingenio para contrarrestar la imposición a que está sujeto y llega a argucias tales que, ante el temor de ser descubierto, encuentra las formas más sutiles de lograr sus propósitos sin que el enemigo se percate. Buenos ejemplos de esto tenemos a lo largo de la historia y los mexicas no fueron ajenos a esto. Veamos algunos de ellos. Para preservar sus códices, que estaban destinados a las llamas como obra del demonio, el indígena los oculta ¡en el cuerpo de Cristo...! En efecto, sabemos de varios casos, entre ellos el del muy conocido Cristo de Mexicaltzingo, en donde el cuerpo del crucificado, hecho de caña, contenía parte de un

códice.⁴ También es sabido que los indígenas participaban en la construcción de las iglesias y conventos cristianos. Varias maneras emplearon para tratar de preservar a sus dioses. Una de ellas era escoger piedras de buen tamaño para que sirvieran como base de columnas. Bien servían a este fin las esculturas de Tlaltecuhltli, Señor de la Tierra, que por su propio carácter estaban colocadas boca abajo, es decir, era una figura que tenía que estar pegada a la tierra y, por lo tanto, no estaba a la vista. La arqueología ha permitido encontrar varias figuras de este dios que en su parte inferior tienen la imagen de Tlaltecuhltli, en tanto que sobre ella se erige la columna colonial. Muchas veces he repetido –y no me cansaré de hacerlo– cómo pudo darse esto.⁵ Imaginemos al escultor indígena que está labrando una de estas piedras con la figura del dios. El fraile lo observa y le dice:

–Oye, que esta piedra tiene uno de vuestros demonios.

⁴ Abelardo Carrillo y Gariel, *El Cristo de Mexicaltzingo*, México, INAH, 1960.

⁵ Eduardo Matos Moctezuma, *El Templo Mayor*, México, México Desconocido (Pasajes de la Historia), 2003.

A lo que el lapidario contestará:

—No se preocupe, su merced. Va a ir boca abajo...

El fraile continúa su marcha leyendo su libro de *Horas*, en tanto que el indígena esboza una maliciosa sonrisa...

Otra práctica común fue colocar figuras de sus dioses dentro de los muros de las iglesias, lo que no pasó inadvertido para los frailes que no dejan de lamentarse de la persistencia de esta práctica. Ya el franciscano fray Toribio de Benavente se refirió a ellas:

Y luego casi a la par en Tlaxcallan comenzaron a derribar y destruir ídolos, y a poner la imagen del crucifijo, y hallaron la imagen de Jesucristo crucificado y de su bendita madre puestas entre sus ídolos a hora que los cristianos se las habían dado, pensando que a ellas solas adorarían; o fue que, ellos como tenían cien dioses, querían tener ciento y uno; pero bien sabían los frailes que los indios adoraban lo que solían. Entonces vieron que tenían algunas imágenes con sus altares, junto con sus demonios e ídolos; y en otras partes la imagen patente y el ídolo escondido, o detrás de un paramento, o tras la pared, o dentro del altar, y por esto se las quitaron, cuantas pudie-

ron haber, diciéndoles que si querían tener imágenes de Dios o de Santa María, que les hiciesen iglesia.⁶

En la región maya, otro franciscano, fray Diego de Landa –quien fuera obispo de Yucatán–, aplicó con severidad castigos corporales y de otra índole a indígenas al descubrirse que muchos de ellos continuaban con sus prácticas ancestrales y, más aun, que algunos que ayudaban en la catequización también lo hacían, lo que llevó a la tortura y quema de códices e ídolos entre los que destacan los autos celebrados en el pueblo de Maní.

Podríamos extendernos mucho más, pero atendamos al propósito de este libro. En él encontraremos otra forma de resistencia: la de dejar relatos de la lucha armada en contra del invasor y los acontecimientos que precedieron a la misma. Miguel León Portilla, en su *Visión de los vencidos*, nos ha dejado buena muestra de estas manifestaciones.⁷ En el caso que nos

⁶ Fray Toribio de Benavente (Motolinía), *Memoriales*, México, UNAM, 1971.

⁷ Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1982.

ocupa y por razones obvias, desconocemos el nombre del autor. Escrita escasos años después de la Conquista, en 1528, el autor anónimo utilizó la lengua náhuatl para expresarse y los caracteres latinos para escribirla, lo que nos hace pensar que se trataba de un indígena tlatelolca con nivel intelectual para haber aprendido ya las letras castellanas y escribir el *Relato de la Conquista*. En ella se lee desde la llegada de los españoles hasta los sangrientos sucesos que llevan a la conquista de Tenochtitlan y Tlatelolco. La voz del conquistado se expresa con el dolor de ver perdida su ciudad y de su rencor en contra de los mexicas de Tenochtitlan, que con anterioridad habían conquistado Tlatelolco en 1473, cuando Axayácatl regía los destinos de la primera.

Resalta el valor de las mujeres tlatelolcas, que también combatieron en contra del enemigo peninsular; se refiere también a los últimos momentos de resistencia y a las consecuencias que trajo la derrota.

Es importante terminar con las palabras de Ángel María Garibay, a quien se debe la traducción directa del náhuatl del manuscrito y en donde nos informa acerca del lugar en don-

de se encuentra y los pormenores del mismo.
Dice así el ilustre nahuatlato:

Voy a incorporar en esta Introducción al libro VI una noticia sobre un documento que también doy en versión directa del náhuatl. Es el amplísimo fragmento del Ms. 22 de la Biblioteca de París que habla también de la conquista, por obra de un indio de Tlatelolco. Tomado directamente del original que reproduce Mengin en su edición facsimiliaria, el texto ha sido dado en versión, sin más modificación que la de numerar los párrafos, para comodidad de lectores y referentes, y en muy escasos lugares una leve enmienda del texto, impuesta por evidentes razones de crítica interna.

Este escrito es parte de los *Anales de la Nación Mexicana* como plugo llamarlos a su descubridor Boturini. Tomo solamente la parte de historia de la conquista, y para ser más preciso, de la toma de Tenochtitlan.

El autor es anónimo. La fecha es de 1528, si verdaderamente en ella fue redactado, como en el Ms. suena. Todos los indicios están a favor de su afirmación. Tenemos así el relato más antiguo de la caída de México hecho por un indio y ciertamente uno de los documentos más dignos de conocerse. La parte que damos comienza en el año

13-Conejo y, si del Ms. se trata, en la página 27. Seguimos hasta el fin del mismo Ms. [Manuscrito]

Documentalmente es valioso, porque proporciona datos que ayudarán a esclarecer la situación de aquellos días. Literariamente, mucho más, porque ofrece una visión intelectual y emotiva de la conquista en el interior de un indio que habla de lo que vio y de lo que fue parte de su misma obra. Sería hacer que se evaporara la emoción el hecho de aumentar aquí los comentarios. La lectura de este Relato será uno de los mejores goces de un lector discreto.⁸

Tiene razón el padre Garibay. Sobran comentarios cuando la narración nos permite vivir aquellos momentos de manera intensa. Demos la palabra a los vencidos.

Eduardo Matos Moctezuma

⁸ Ángel María Garibay, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. iv, México, Porrúa, 1956. El "Relato de la Conquista" se encuentra en las páginas 167-185.

(p. 27)¹

1.– Año 13-Conejo. Fueron vistos españoles en el agua.

2.– Año 1-Caña. Salieron los españoles en el palacio de Tlayácac. Con esto ya viene el capitán.

3.– Cuando hubo salido al palacio de Tlayácac luego le fue a dar la bienvenida al Cuetlaxteca. Por este motivo va a darle allá soles de metal fino, uno de amarillo y otro de blanco. Y un espejo de colgar atrás, una gran bandeja de oro, un jarrón de oro, abanicos y adornos de pluma de quetzal, escudos de concha nácar.

4.– Delante del capitán se hacen sacrificios. Se enojó por ello. Porque le daban al capitán sangre en una “cazoleta del Águila”. Por esto maltrató al que le daba sangre. Le dio golpes con la

¹ Estos números corresponden a las páginas del Ms.

espada. Con esto se desbandaron los que le fueron a dar la bienvenida.

5.– Todo esto lo llevó al capitán para dárselo por mandato espontáneo de Motecuhzoma. Por esta razón fue a encontrar al capitán. Ése fue el oficio que hizo el de Cuetlaxtlan.

6.– Y luego vino a llegar hasta Tenochtitlan. Llegó en Quecholi, en un signo de día 8-Viento.

7.– Y cuando ya llegó acá a Tenochtitlan luego le dimos gallinas, huevos, maíz blanco, tortillas blancas, y le dimos qué beber. Entregamos pastura para los “venados” y leña.

Por una parte le hizo entrega de dones el de Tenochtitlan y por otra parte le hizo entrega de dones el de Tlatelolco.

8.– Entonces el capitán marchó a la costa. Dejó a don Pedro de Alvarado, “El Sol”.

9.– En este tiempo van a preguntar a Motecuhzoma en qué forma han de celebrar a su dios. Él les dijo:

10.– Ponedle todo lo que es su atavío propio. Hacedlo.

11.– En este tiempo fue cuando dio órdenes El Sol (Alvarado): ya está atado preso Motecuhzoma y el Tlacohtcácatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

12.– Fue cuando ahorcaron a un principal de Acolhuacan, de nombre Nezahualquentzin junto de la albarrada.

13.– En segundo lugar, murió el rey de Nauhtla, llamado Cohualpopocatzin. Lo asaetearon, y después de asaeteado, vivo aún fue quemado.

14.– Con este motivo estaban en guardia los tenochcas de la Puerta del Águila. Por un lado estaba el garitón de los tenochcas; por otro lado, el garitón de los tlatelolcas.

15.– Vinieron a decir a aquéllos que ataviaron a Huitzilopochtli.

(p. 28)

Luego le ponen a Huitzilopochtli todo aquello con que se adorna, sus ropas de papel y todos los atavíos que le son propios. Todo se lo pusieron.

16.– Luego ya cantan sus cantos los mexicanos. Así lo estuvieron haciendo el primer día.

17.– Aun pudieron hacerlo el segundo día: comenzaron a cantar y fue cuando murieron tenochcas y tlatelolcas.

18.– Los que estaban cantando y danzando estaban totalmente desarmados. Todo lo que tenían era sus mantillos labrados, sus turquesas,

sus bezotes, sus collares, sus penachos de pluma de garza, sus dijes de pata de ciervo. Y los que tañen el atabal, los viejecitos, tienen sus calabazos de tabaco hecho polvo para aspirarlo, sus sonajas.

19.– A éstos primeramente dieron empellones, los golpearon en las manos, les dieron bofetadas en la cara, y luego fue la matanza general de todos éstos. Los que estaban cantando y los que estaban mirando junto a ellos, murieron.

20.– Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. En donde mataron a la gente fue en el Patio Sagrado.

21.– Luego se meten dentro de las casas (del templo) para matar a todos: a los que acarreamos el agua, a los que traían la pastura de los caballos, a las que molían, a los que barrían, a los que estaban de vigilancia.

22.– Pero el rey Motecuhzoma acompañado del Tlacohcácatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin, que daban de comer a los españoles, les dicen:

23.– Señores nuestros... ¡Basta! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¡Pobres gentes del pueblo...! ¿Acaso tienen escudos? ¿Acaso tienen macanas? ¡No más andan enteramente desarmados...!

24.— Cuando llegó acá el capitán ya nos había matado El Sol. Hacía veinte días de que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición El Sol.

25.— Cuando llegó acá el capitán no fue recibido con guerra; en paz y calma entró acá. Hasta el día siguiente lo atacamos con fuerza y así dio principio la guerra.

26.— En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuítli salieron; fue cuando murieron en el Canal de los Toltecas. Allí furiosamente los atacamos.

27.— Cuando de noche salieron primero fueron a reconcentrarse en Mazatzintamalco. Allí fue la espera de unos a otros cuando salieron de noche.

28.— Año 2-Pedernal. Fue cuando murió Motecuhzomatzin; también en el mismo tiempo murió el Tlacochealcátl de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

29.— Cuando se fueron (los españoles) fueron a asentarse en Acueco: los echaron de allí. Fueron a situarse en Teuhcalhueyacan. Se fueron para Zoltépec. De allí partieron, fueron a situarse en Tepotzotlan. De allí se fueron, fueron a situarse en Citlaltépec; de allí fueron a esta-

blecerse en Temazcalapan. Allí los salieron a encontrar: les dieron gallinas, huevos, maíz en grano. Allí tomaron resuello.

30.– Ya se fueron a meter a Tlaxcala.

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes, que queman.

(p. 29)

Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya se ponen en marcha. Van a salir a Tepeyácac, fue el primer lugar que conquistan.

31.– Se van de allí: cuando es la fiesta de Tomar Licor (Tlahuano), van a salir a Tlapechhuan. Es Izcalli.

32.– A los doscientos días vinieron a resultar; se vinieron a situar en Tetzco. Estuvieron allí cuarenta días.

33.– Luego ya vienen, de nuevo vienen en seguimiento de Citlaltépec. A Tlacopan. Allí se establecen en el palacio.

34.– Y también se metieron acá los de Chiconauhtla, Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayucan, Azcapotzalco, Tlacopan, Coyoacan.

Por siete días nos están combatiendo.

35.– Estaban solamente en Tlacopan. Pero luego de nuevo retroceden. No más se van todos

juntos y por allá van a salir, para establecerse en Tetzco.

36.— Ochenta días y otra vez van a salir a Huaxtepec, Cuauhnáhuac. De allá bajaron a Xochimilco. Allí murió gente de Tlatelolco. Otra vez salió (el español) de allí; vino a Tetzco, allí también fue a situarse. También en Tlaliztacapa murieron gentes de Tlatelolco.

37.— Cuando él se fue a situar a Tetzco fue cuando comenzaron a matarse unos con otros los de Tenochtitlan.

38.— En el año 3-Casa mataron a sus príncipes el Cihuacóatl Tzihuacpopocatzin y a Cicpatzin Tecuecuenotzin. Mataron también a los hijos de Motecuhzoma, Axayaca y Xoxopehuáloc.

39.— Esto más: cuando fueron vencidos los tenochcas se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros. Ésta es la razón porque fueron matados estos principales: conmovían, trataban de convencer al pueblo para que se juntaran maíz blanco, gallinas, huevos, para que dieran tributo a aquéllos (los españoles).

40.— Fueron sacerdotes, capitanes, hermanos mayores los que hicieron estas muertes. Pero los principales jefes se enojaron porque habían sido muertos aquellos principales.

41.– Dijeron los asesinos:

–¿Es que nosotros hemos venido a hacer matanzas? Últimamente, hace sesenta días que hubo muertos a nuestro lado... ¡Con nosotros se puso en obra la fiesta del Tóxcatl...!

42.– Ya se ponen en pie de guerra, ya van a darnos batalla (los españoles). Por espacio de diez días nos combaten y es cuando vienen a aparecer sus naves. A los veinte días van a colocar sus naves por Nonohualco, en el punto llamado Mazatzintamalco.

43.– Cuando sus naves llegaron acá, llegaron por el rumbo de Iztacalco. Entonces se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También de allá se dirigieron acá. Luego se fueron a situar las naves en Acachinanco.

44.– También desde luego hicieron sus casas de estacamento los de Huexotzinco y Tlaxcala a un lado y a otro del camino. También dispersan sus barcas los de Tlatelolco. Éstos están en sus barcas en el camino de Nonohualco, en Mazatzintamalco están sus barcas.

45.– Pero en Xohuiltitlan y en Tepeyácac nadie tiene barcas. Los únicos que estamos en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquéllos llegaron con sus barcas. Al día siguiente las fueron a dejar en Xoloco.

46.— Por dos días hay combate en Huitzilan. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan. Se dijeron:

—¿Dónde están nuestros jefes? ¿Tal vez una sola vez han venido a disparar? ¿Tal vez han hecho acciones de varones?

47.— Apresuradamente vinieron a coger a cuatro: por delante iban los que los mataron. Mataron a Cuauhnochtli, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitznáhuac (los dos); sacerdotes, al sacerdote de Amantlan, y al (p. 30) sacerdote de Tlalocan. De modo tal, por segunda vez, se hicieron daño a sí mismos los de Tenochtitlan al matarse unos a otros.

48.— (Los españoles) vinieron a colocar dos cañones en medio del camino de Tecamman mirando hacia acá. Cuando dispararon los cañones la bala fue a caer en la Puerta del Águila.

49.— Entonces se pusieron en movimiento juntos los de Tenochtitlan. Tomaron en brazos a Huitzilopochtli, lo vinieron a meter a Tlatelolco, lo vinieron a depositar en la Casa de los Muchachos que está en Amáxac. Y su rey vino a establecerse a Acacolco. Era Cuauhtemoctzin.

50.— Y eso bastó: los del pueblo bajo en esta ocasión dejaron su ciudad de Tenochtitlan para

venir a meterse a Tlatelolco. Vinieron a refugiarse en nuestras casas. Inmediatamente se instalaron por todas partes en nuestras casas, en nuestras azoteas.

51.– Gritan sus jefes, sus principales y dicen:

–Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas...

Un poco nos queda... No hacemos más que guardar nuestras casas.

No se han de adueñar de los almacenes del producto de nuestra tierra.

Aquí está vuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz.

Lo que para vosotros guardaba vuestro rey: escudos, insignias de guerra, rodela ligeras, colgajos de pluma, orejeras de oro, piedras finas. Puesto todo esto es vuestro, propiedad vuestra.

No os desaniméis, no perdáis el espíritu. ¿A dónde hemos de ir?

¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos!

Inmediatamente tomaron de prisa todas las cosas los que mandan acá, cuando ellos vinieron a entregar las insignias, sus objetos de oro, sus objetos de pluma de quetzal.

52.– Y éstos son los que andan gritando por los caminos y entre las casas y en el mercado:

Xipanoc, Teltlyaco, el vice Cihuacóatl, Motelchiuh, cuando era de Huitznáhuatl, Xóchitl, el de Acolnáhuac, el de Anáhuac, el Tlacochealcátl, Itzpotonqui, Ezhuahuácatl, Coaſhuitl, que se dio a conocer como jefe de Tezcacoac, Huánitl, que era Mixcoatlailótlac, el intendente de los templos, Téntil. Éstos eran los que anduvieron gritando, como se dijo, cuando se vinieron a meter a Tlatelolco.

53.— Y aquí están los que lo oyeron:

Los de Coyoacan, de Cuauhtitlan, de Tultitlan, de Chicunauhtla, Coanacotzin, el de Tetzco, Cuitláhuac (p. 31), el de Tepechpan, Itzyoca. Todos los señores de estos rumbos oyeron el discurso dicho por los de Tenochtitlan.

54.— Y todo el tiempo en que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí: Yacacolco, Atezcapan, Coatlan, Nonohualco, Xoxohuitlan, Tepeyácac, en todas estas partes, fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, los canales, también fue obra nuestra exclusiva.

55.— Ahora bien, los capitanes tenochcas allí (en su refugio de Tlatelolco) se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cor-

taron, y los cuachiques, y los otomíes, de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

56.— Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquéllos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

—¿No más estáis allí parados...? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros...!

Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco.

57.— Y cuando ven todo esto los de esta ciudad alzan la voz, pero ya no se ven por ninguna parte los tenochcas.

De parte de los tlatelolcas, pereció lo mismo el cuachic que el otomí y el capitán. Murieron a obra del cañón, o del arcabuz.

58.— En este tiempo viene una embajada del rey de Acolhuacan, Tecocoltzin. Con los que vienen a conferenciar en Tlatelolco son:

Tecucyahuácatl, Topantemoctzin, Tezcacohuácatl Quiyotecatzin, el Tlacadéccatl Temilotzin, el Tlacocheácatl Coyohuehuetzin y el Tziuhtecpanécatl Matlalacatzin.

59.— Dicen los enviados del rey de Acolhuacan, Tecocoltzin:

—Nos envía acá el Señor el de Acolhuacan, Tecocoltzin. Dice esto:

Oigan por favor los mexicanos tlatelolcas:

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente.

De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón.

¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, del hueco de mi manto, por dondequiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo.

60.— Pues digo:

Que por su sola voluntad lo disponga el tenochca: que por su propio gusto perezca: nada ya haré en su favor, ya no esperaré en su palabra.

¿Qué dirá? ¿Cómo dispondréis los poquitos días? Es todo: que oigan mis palabras.

61.— Ya le retornan el discurso los señores de Tlatelolco, le dicen:

—Nos haces honor, oh tú capitán hermano mío:

¿Pues qué, es acaso nuestra madre y nuestro padre el chichimeca habitante de Acolhuacan?

62.— Pues aquí está: lo oyen: sesenta días van de que tiene intención de que se haga como él lo ha dicho. Y ahora no más lo he visto: totalmente se destruyen, no más dan gritos: pues unos se conservan como gente de Cuauhtitlan, otros como de Tenayucan, de Azcapotzalco, o de Coyoacan se hacen pasar.

63.— No más esto veo: y es que ellos gritan que son tlatelolcas. ¿Cómo lo haré?

¡Se ha satisfecho su corazón, ha tenido el gusto de hacerlo, le ha salido bien, le vino como deslizado...! ¡Ah, ya estamos haciendo el mandato y la disposición de nuestro señor! ¡Hace sesenta días que estamos combatiendo...!

(p. 32)

64.— Vino a amedrentarlos de los españoles, a dar gritos el llamado Castañeda, en donde se nombra Yauhtenco vino a dar gritos. Lo acompañan tlaxcaltecas, ya dan gritos a los que están en atalaya de guerra junto al muro en el agua azul, son el llamado Itzpalanqui, capitán de Chapultepec, dos de Tlapala, y Cuexacaltzin.

65.— Viene a decirles:

—¡Vengan acá algunos!

Y ellos se dicen:

—¿Qué querrá decir? Vayamos a oírlo.

Luego se colocan en una barca y desde lejos dispuestos le dicen a aquél:

—¿Qué es lo que queréis decir?

66.— Ya dicen los tlaxcaltecas:

—¿Dónde es vuestra casa? [*laguna en el texto*]...

Dicen:

—Está bien: sois los que son buscados. Venid acá, os llama el “dios” capitán.

67.— Entonces salieron, van con él a Nonohualco, a la Casa de la Niebla en donde están el capitán y Malintzin y El Sol y Sandoval. Allí están reunidos los señores del pueblo, hay parlamento, dicen al capitán:

—Vinieron los tlatelolcas, los hemos ido a traer.

Dijo Malintzin a ellos:

68.— Venid acá: dice el capitán:

¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc?

¿Qué no tiene compasión de los niñitos, de las mujeres?

¿Es así como han de perecer los viejos?

Pues están aquí conmigo los reyes de Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Chalco, Acolhuacan,

Cuauhnáhuac, Xochimilco, Mizquic, Cuitláhuac, Culhuacan.

69.– Ellos dijeron:

¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que solo y por sí mismo... vaya pereciendo...

¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?

70.– Entonces dice a los señores:

–¿No es acaso de este modo como lo decís, señores?

Dicen ellos:

–Sí. Así lo oiga nuestro amo el “dios”: dejad solo al tenochca, que por sí solo perezca... ¡Allí está la palabra que vosotros tenéis de nuestros jefes!

71.– Dijo el “dios”:

–Id a decir a Cuauhtémoc: que tomen acuerdo, que dejen solo al tenochca. Yo me iré para Teucalhueyacan: como ellos hayan concertado allá me irán a decir sus palabras. Y en cuanto a las naves, las mudaré para Coyoacan.

72.– Cuando lo percibieron, luego le dijeron:

—¿Dónde hemos de coger a aquellos que andan buscando? ¡Ya estamos al último respiro, que de una vez tomemos algún aliento...!

73.— Y de esta misma manera se fue a decir delante de los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.

(p. 33)

74.— Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla. Luego llegaron a colocarse en Cuepopan y en Cozcacuahco. Se ponen en actividad con sus dardos de metal. Es la batalla con Coyohuehuetzin y cuatro más.

75.— Por lo que hace a las naves de ellos, vienen a ponerse en Texopan. Tres días es la batalla allí. Vienen a echarnos de allí. Luego llegan al Patio Sagrado: cuatro días es la batalla allí.

76.— Luego llegan hasta Yacacolco: es cuando llegaron acá los españoles, por el camino de Tlilhuacan.

77.— Y esto fue todo. Habitantes de la ciudad murieron dos mil hombres exclusivamente de Tlatelolco. Fue cuando hicimos los de Tlatelolco amazones de hileras de cráneos (tzompantli).

En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de Tlilan (Calco: “casa negra”), es donde están ensartados los cráneos de nuestros amos (españoles).

78.— En el segundo lugar, que es Acacolco también están ensartados cráneos de nuestros amos y dos cráneos de caballo.

En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la Mujer (Cihuacóatl), hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.

79.— Y así las cosas, vinieron a hacernos evacuar. Vinieron a estacionarse en el mercado.

Fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero. Con esto dio su final conclusión la batalla.

80.— Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldellines llevaban arremangados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos.

81.— Fue también cuando le hicieron un doselete con mantas al capitán allí en el mercado, sobre un templete. Y fue cuando colocaron la

catapulta aquí en el templete. En el mercado la batalla fue por cinco días.

82.— Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados.

[El texto del Ms. A está muy viciado; tomamos del Ms. B la parte que sigue, reconstruida en algunas frases.]

83.— En los caminos yacen dardos rotos,
los caballos están esparcidos.

Destechadas están las casas, enrojecidos
tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas, y en
las paredes están salpicados los sesos.

Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si
bebiéramos agua de salitre.

84.— Golpeábamos, en tanto, los muros de
adobe, y era nuestra herencia una red
de agujeros.

Con los escudos fue su resguardo, pero ni
con escudos puede ser sostenida su
soledad.

Hemos comido palos de colorín (eritrina),
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones,
tierra en polvo, gusanos...

85.— Comimos la carne apenas, sobre el fuego estaba puesta. Cuando estaba cocida la carne de allí la arrebatában, en el fuego mismo la comían.

86.— Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas, plumajes de quetzal, todo eso que es precioso, en nada fue estimado.

(p. 34)

87.— Solamente se echó fuera del mercado a la gente cuando allí se colocó la catapulta.

88.— Ahora bien, a Cuauhtémoc le llevaban los cautivos. No dejan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de Tlacatecco. De un lado y de otro les abren el vientre. Les abría el vientre Cuauhtemotzin en persona y por sí mismo.

89.— Fue en este tiempo cuando vinieron a dejar al Acolnahuacátl Xóchitl, que tenía su casa en Tenochtitlan. Murió en la guerra. Por veinte días lo habían andado trayendo con ellos. Vinieron a dejarlo al mercado de Tlatelolco. Flechas lo cazaron. Ya no se dicen tenochcas.

Cuando lo vinieron a dejar fue así: lo venían trayendo de ambos lados cogido, y traen una ballesta, un cañón cuando vienen a pararlo en el lugar donde se vende el incienso. Luego gritan: ¡Vendrá arena...!

90.— Luego van los de Tlatelolco, van a recogerlo. Va guiando a la gente el capitán de Huitznáhuac, un huasteco.

Cuando hubieron recogido a Xóchitl viene a dar cuenta (a Cuauhtémoc) el capitán de Huitznáhuac, viene a decirle:

—Viene a traer un recado Xóchitl.

91.— Y Cuauhtémoc conferenció con Topantémoc:

—Tú irás a parlamentar con el capitán.

Durante el tiempo en que fueron a dejar a Xóchitl estuvo en paz el escudo, ya no hubo combates, ya no se cogía prisionero a nadie.

Luego lo llevan, lo vienen a poner en el templo de la Mujer (Cihuacóatl), en Axocotzinco.

92.— Cuando lo han colocado allí, luego van a decir al rey de los tenochcas Tepantemoctzin, Coyohuehuetzin y Temilotzin. Le dicen:

—Príncipe mío: han venido a dejar a uno de vuestros magistrados, Xóchitl, el de Acolnáhuac. Dizque te ha de dar su recado.

Respondió luego y dijo:

—¿Y vosotros, qué decís?

Inmediatamente todos alzaron el grito y dijeron:

—Que lo traigan acá... ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agujeros con papel, ya hicimos agujeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger.

93.— Por tanto, inmediatamente va el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, a ver cómo es el mensaje que viene a dejar.

El Acolnáhuac Xóchitl dijo: Os manda decir el “dios” capitán y Malintzin:

Oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantémoc:

¿No tienen compasión de los pobres, de los niños, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¿Acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya!

¡Vengan mujeres blancas, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aún se le per-

mite: ¿Qué dice? ¡Que por su propia voluntad se someta al tenochca, o que por su propia voluntad perezca...!

94.— Cuando hubo recibido el mensaje el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, luego va a dar la palabra a los señores de Tlatelolco y allí al rey de los tenochcas, Cuauhtémoc. Y cuando oyeron el mensaje que les vino a comunicar el Acolnáhuac Xóchitl luego se ponen en deliberación los señores de Tlatelolco. Dicen:

—¿Qué es lo que decís vosotros? ¿Qué determinación tomáis?

95.— Dijo a esto el Tlacoehcácatl Coyohuehuetzin:

—Habladle al huasteco.

[*Laguna*]

Y dice Cuauhtémoc [a los agoreros]:

—Venid, por favor: ¿Qué miráis, qué veis en vuestros libros?

Le dice el sacerdote, el sabedor de papeles, el que corta papeles:

96.— Príncipe mío: oíd lo que de verdad diremos:

Solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tenéis que ver por vosotros? Dejemos que

pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta.

97.— Y hecho esto, no se hizo caso. Y también de nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a darle comienzo a la guerra el capitán de Huitznáhuac, el huasteco.

98.— Por fin de cuentas todos nos pusimos en movimiento hacia Amáxac. Hasta allá llegó la batalla. Luego fue la dispersión, no más por las cuevas están colocadas las gentes. El agua está llena de personas; los comienzos de los caminos están llenos de gente.

99.— Éste fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comíamos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

100.— Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Tepantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtemoctzin a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

(p. 36)

101.— Y cuando aquéllos fueron hechos prisioneros fue cuando comenzó a salir la gente del

pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iba con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

102.— Y ésta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

103.— En un año 3-Casa fue conquistada la ciudad. En la fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día 1-Serpiente.

104.— Cuando nos hubimos dispersado los señores de Tlatelolco fueron a establecerse a Cuauhtitlan: son Topantepoctzin, el Tlacochealcatl Coyohuehuetzin y Temilotzin.

105.— El que era gran capitán, el que era gran varón solamente por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

106.— Por esta causa están afligidos los principales y de eso hablan unos con otros: ¡hemos perecido por segunda vez!

107.— Un pobre hombre del pueblo que iba para arriba fue matado en Otontlan de Acolhuacan traicioneramente. Por tanto, se ponen a deliberar unos con otros los del pueblo que tienen compasión de aquel pobre. Dicen:

—Vamos, vamos a rogar al capitán nuestro amo.

108.— En este tiempo se hace requisa de oro, se investiga a las personas, se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo recataron en su escudo, o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea, luego ha de juntarse.

109.— Y hecho así, se re juntó todo cuando se pudo descubrir. Luego lo viene a presentar uno de sus jefes, el Cuezacaltzin de Tlapala, Huitziltzin, de Tepanecapan, el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, y Potzontzin de Cuitlachcohuacan.

110.— Éstos van a entregar el oro a Coyoacan. Cuando han llegado allá, dicen:

—Capitán, señor nuestro, amo nuestro: te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen:

111.— Oiga por favor el señor nuestro amo:

Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas.

Se burlan de ellos el habitante de Acolhuacan y el Otomí, los matan a traición.

Y esto más: aquí está esto con que vienen a implorarte: esto es lo que estaba en las orejeras y en los escudos de los dioses de tus vasallos.

112.— En su presencia colocan aquello, lo ponen en cestones para que los vea. Y cuando el capitán y Malintzin lo vieron se enojaron y dijeron:

—¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!

113.— Al momento le responden los que vienen en comisión:

Lo dio Cuauhtemoctzin al Cihuacóatl y al Huiznahuácatl.

Ellos saben en dónde está: que les pregunten.

114.— Cuando lo oyó finalmente mandó que les pusieran grillos, que los encadenaran. Vino a decirles Malintzin:

—Dice el capitán: que se vayan, que se vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido.

Puede ser que de veras estén padeciendo los del pueblo, pues de él se están mofando.

115.— Que se vengan, que vengan a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengan a establecerse los tlatelolcas. Y decid a los señores principales de Tlatelolco: ya en Tenochtitlan nadie ha de establecerse, pues es la conquista de los “dioses”, es su casa. Marchaos.

116.— Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron ante [los españoles] los principales de Tenochtitlan: lo hacen hablar.

117.— Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemoctzin.

Cuando apenas va a amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapan.

Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos. [*Laguna en el texto.*]

118.— Y el oro lo sacaron en Cuitlahuactonco, en casa de Itzpotonqui. Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros príncipes hacia Coyoacan.

(p. 38)

119.— Fue en esta ocasión cuando murió el sacerdote que guardaba a Huitzilopochtli. Le ha-

bían hecho investigación sobre dónde estaban los atavíos del dios y los del Sumo Sacerdote de Nuestro Señor y los del Incensador [máximo].

Entonces fueron hechos sabedores de que estaban en Cuauhchichilco en Xaltocan; que los tenían guardados unos jefes.

Los fueron a sacar de allá. Cuando ya aparecieron los atavíos, a dos ahorcaron en medio del camino de Mazatlan.

120.— Fue en este tiempo cuando comenzó a regresar acá el pueblo bajo, se vino a establecer en Tlatelolco. Fue el año 4-Conejo.

Luego viene Temilotzin, viene a establecerse en Capultitlan.

Y don Juan Huehuetzin se vino a establecer en Aticpac.

Pero Coyohuehuetzin y Tepantemoctzin murieron en Cuauhtitlan.

121.— Cuando vinimos a establecernos en Tlatelolco aquí solamente nosotros vivimos. Aún no se venían a instalar nuestros amos los cristianos. Aún nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacan.

122.— Allá ahorcaron a Macuixóchitl, rey de Huitzilopochco. Y luego al rey de Culhuacan, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron.

Y al Tlaccatécatl de Cuauhtitlan y al mayor-domo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros.

123.— Y a tres magos de Ehécatl, de origen tetz-cocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas [có-dices]. Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, eran de Coyoacan.

124.— En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacan, de allí se repartieron por los diversos pueblos, por dondequiera.

125.— Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces cuando se dieron personas en don, fue cuando se dieron como esclavos.

126.— En este tiempo también dieron por libres a los señores de Tenochtitlan. Y los libertados fueron a Azcapotzalco.

127.— Allí (en Coyoacan) se pusieron de acuerdo (los españoles) de cómo llevarían la guerra a Metztitlan. De allá se volvieron a Tula.

128.— Luego ya toma la guerra contra Uaxácac el capitán. Ellos van a Acolhuacan, luego a Metztitlan, a Michoacan...

[Acaba el Ms. A y sólo se halla en el Ms. B lo que sigue:]

—Luego a Huey Mollan y a Cuauhtemala, y a Tecuantépec.

129.— No más aquí acaba. Ya se refirió cómo fue hecho este papel.

[La referencia del final del Ms. B alude a esta inscripción del Ms. que nos da razón de su origen. Debe conocerse para darle el valor que tiene. Es de este tenor:]

Este papel fue escrito así; ya hace mucho tiempo que se hizo aquí en Tlatelolco, en el año de 1528.

Hasta que vinieron los castellanos muy bien se enlaza todo aquí y en qué forma salieron de Teocolhuacan Aztlan. Pues todo se verá aquí.

[En esta versión se da únicamente lo que se refiere a la Conquista, y que se halla de la p. 27 a la p. 38, con que concluye el Ms. A.]

Relato de la Conquista

de la colección Pequeños Grandes Ensayos, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, fue impreso en febrero de 2006 en Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112, col. Raúl Romero, 57630, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. En su composición se usaron tipos ITC Century Book 9/13, 8/12 y Bell MT 20/21 pts. Para la impresión de los interiores se usó papel Cultural de 90 g; para los forros, cartulina Clásico marfil de 210 g y para el guardapolvo, Clásico premier marfil de 90 g. La formación estuvo a cargo de Alejandro Velázquez. La edición consta de 1 000 ejemplares y estuvo al cuidado de Odette Alonso y Berenice Vadillo y Velasco.

